

El Cerro Rico de Potosí sigue siendo explotado como en la época de los conquistadores. Los mineros, la mayoría católicos en el exterior, cambian su credo cuando entran en las profundidades oscuras de la tierra y adoran al Diablo. A él le ofrecen sacrificios, hojas de coca, alcohol y mucho más para que el Tío no se los lleve al infierno.

TEXTO: **ARGI GRAU** / FOTOS: **LEANDRO SOLARI**

Entre la coca

Beimar nos enseña la plata en bruto.





La coca y el álcali, regalo para los mineros.



La dinamita y el nitrato de amonio, para potenciar la carga de la explosión.

y la plata

Crónica desde las entrañas de la tierra.

Un saco de hojas de coca, alcohol de 96 grados para beber, tabaco y dinamita. Éste es el regalo que se les debe llevar a los mineros y al Diablo, llamado Tío, si uno quiere entrar en las minas del Cerro Rico de Potosí o Sumaj Orcko, en quechua.

Según dicen, los mineros calculan su jornada laboral en función de la hoja de coca que mascan, acullican o *pijchan*: cada cuatro horas terminan una bolsa de

10 gramos, la cambian y al terminar la segunda paran porque ya han trabajado sus ocho horas. Aunque algunos trabajan 12 o 16 horas, hacen el mismo cálculo. La hoja de coca es un elemento básico en

las alturas del altiplano boliviano, y más aún en las profundidades del Cerro. Los mineros no suelen comer, por lo que la coca les ayuda a cerrar el estómago a la vez que el oxígeno es absorbido por la corriente sanguínea con más facilidad. A su vez, la hoja de coca es un potente estimulante que les permite trabajar largas jornadas sin parar.

“Generalmente, son ocho horas de lunes a viernes, pero todo depende del dinero que quiera ganar el minero”, nos explica Beimar Humberto Soliz Bertran, un joven que trabajó en el Cerro desde los catorce hasta los dieciséis años. Él nos adentrará en una de las 460 minas, la de la cooperativa Cunti. Ahí trabajó con su abuelo y hermano hasta que su padre se lo llevó a la fuerza a La Paz para que terminara sus estudios. Beimar reconoce que no quería dejar la mina, un poco por orgullo familiar, otro poco por el buen sueldo que ganaba. “Vivía como un millonario”, explica. Generalmente, un boliviano suele cobrar unos 900 bolivianos al mes (menos de 90 euros), y un simple minero puede cobrar entre 2.500 y 3.000 (225-333 euros): “Pero si se encuentra una buena veta, eres perforador o tienes muchos años de experiencia, puedes llegar a ganar entre 50.000 y 100.000 bolivianos (5.555-11.111 euros)”, dice Beimar.

A los 15 años de trabajar bajo tierra, los mineros suelen contraer la silicosis, una enfermedad pulmonar que se convierte en cáncer. A pesar de ello, muchos trabajan entre 35 y 40 años: “Momento en el que paran porque se mueren —explica el joven de rostro moreno y crucifijo en el cuello—. A pesar de ello, todos están orgullosos de ser mineros y sacrifican su salud por dinero”.



Preparando el chupito para compartir.



La salida de la cooperativa Cunti.



La codiciada veta de plata.

Los preparativos para bajar al infierno

Beimar nos va a conducir por los 180 metros bajo tierra de la mina Cunti, por lo que primero nos vestimos como los trabajadores con un traje especial, botas, casco y la luz frontal. Una vez “disfrazados”, vamos al mercado minero, donde compramos los presentes para los trabajadores y el Tío, muy importante para que te deje salir vivo de la mina. Hechos los recados, tomamos un buen bolo de coca con un potenciador (puede ser dulce como el de banana, salado o bicarbonato) y unos chupitos de alcohol potable de 96 grados, y nos encaminamos al pie del Sumaj Orcko, justo en la entrada del mismísimo infierno.

Antes de entrar, visitamos la cooperativa y nos enseñan los minerales que extraen de la tierra: plata, zinc, estaño, cobre y muchos más. “Hasta 1825 había un 96% de plata en bruto, pero hoy sólo encontramos un 6%”, explica un minero que está haciendo la selección de los minerales. “Cuando juntamos 20 toneladas de minerales, lo enviamos a la refinera o ingenio”. Como veremos luego dentro de la mina, un grupo puede sacar hasta diez toneladas por día. “Los grupos –nos explica otro minero con el rostro surcado por las duras condiciones de vida– suelen ser de cinco personas: dos trabajan en las profundidades, dos llevan la vagoneta y otro selecciona los minerales fuera de la mina”.

Los dinteles de las puertas de la cooperativa están sellados con un gran chorro de sangre seca. El primero de agosto fue el día de la Pachamama, día en el que

Bolivia y otros países andinos ofrendan una coa a la tierra. El ritual se conoce como Corpachada, y suelen dar de comer, beber y fumar a la tierra en señal de reciprocidad. Sabemos que los mineros sacrifican una llama y con su sangre sellan todas las puertas y bocas de las minas para que el Tío y la Pachamama les den lo que ellos piden. Al ver la sangre de la cooperativa, nos sorprende que esté tan seca (pues es la primera semana de agosto), por lo que Beimar y los otros mineros nos explican que ellos hicieron el ritual en junio, para la festividad de Wilancha, y el primero de agosto le dieron la coa a la tierra. “Nosotros somos un pequeño grupo de 200 personas muy unido, por lo que hicimos el sacrificio en junio. Los grupos que no están tan unidos suelen hacerlo el día de la Pachamama o durante todo el mes de agosto”, explica un minero de Cunti. “Solemos degollar una llama y con su sangre se challa o invita a

Como veremos luego dentro de la mina, un grupo puede sacar hasta diez toneladas por día

la naturaleza, esparciéndola a los cuatro puntos cardinales y rociando con ella a la Pachamama y la mina para agradecerle los beneficios que nos brindó en el año que transcurrió y para pedirle que el siguiente año sea todavía mejor”, explica otro de los trabajadores.

El Dios de las tinieblas

El Tío es quien reina en las profundidades de la tierra. Aunque la mayoría de los mineros son católicos fuera de las minas, cuando entran en éstas saben que su Dios no los acompaña porque es el reino de las tinieblas. Así pues, dentro le rinden culto al Diablo, y le ofrendan hojas de coca, alcohol, tabaco y muchas más cosas. Según Beimar: “Muchos mineros ofrecen fetos de llama y, a los que les va mejor, fetos humanos. Esto nunca te lo dirán serenos, pero cuando un minero se emborracha te empieza a explicar todo lo que le entrega al Diablo –explica este joven, que conoce a la perfección el lumpen de este inframundo–. Cuando yo trabajaba en Cunti, un grupo dio como ofrenda al minero más joven del grupo. Lo emborracharon y se lo dejaron al Diablo. Nunca más apareció el cuerpo porque el Tío se lo llevó con él”, explica con una sonrisa maliciosa.

La figura del Tío proviene de la época de los conquistadores. Cuando los españoles empezaron a explotar el Cerro en 1545, inventaron al Dios de las tinieblas para atemorizar a los indígenas. Como en quechua no existe el sonido de la D, los originarios le llamaban Tios, y de ahí el nombre que le dan en la actualidad: Tío. Sea como sea, hoy el Diablo parece tener más fuerza que Dios. La adoración y el respeto que le tienen son más fuertes que cualquier creencia en el exterior. Como canta Marta Gómez en la canción "Basilio", dedicada a un niño que trabaja en el Cerro Rico: "La suerte que yo sufro nadie la entiende, sólo el Diablo que vive en el mismo fuego. Por eso al Tío Diablo cosas yo ofrendo, porque arriba del Cerro ya ni Dios sube. *Kalma, urku, qhuya, nina, nocapi, kausay* (en quechua: vida, ramito, cerro, metal, la vida que me tocó)".

Los mineros saben que el suyo es el segundo oficio más peligroso del mundo: "El primero dicen que es la pesca de camarones en Alaska", dice Beimar. "Los mineros saben cuándo entran a trabajar pero nunca cuándo van a salir". En algunas minas tienen una figura del Tío en cada nivel, en otras, como en la Cunti, tienen sólo una para todos los niveles.

Dicen que las vetas de plata fueron descubiertas de forma casual, una noche de 1545, por un pastor quechua llamado Diego Huallpa. Una de sus llamas se perdió y decidió acampar al pie del Cerro Rico hasta encontrarla. Encendió una gran fogata para abrigarse del frío y, cuando despertó por la mañana, se encontró con que entre las brasas humeantes de la fogata brillaban hilillos de plata, fundidos y derretidos por el calor del fuego. El cerro, aparentemente, era tan rico en plata, que la misma se encontraba a flor de tierra. Huallpa les explicó el hallazgo a los españoles, y éstos tomaron posesión del Cerro Rico. Desde entonces, el Sumaj Orcko se sigue perforando como antaño, aunque las minas de la época ya han dejado de explotarse porque los derrumbes eran constantes y había demasiados muertos. Hoy, de las 460 minas que existen en el Cerro, sólo están activas 110, con 15.000 trabajadores.

La mina Cunti

Al entrar en Cunti, un soplo de aire frío mezclado con la oscuridad te hiela el espinazo. Con cuidado para no golpear nos la cabeza ni resbalar con el lodo pegajoso, nos fuimos adentrando en el corazón tenebroso de los entresijos de la mina. A cada paso iba subiendo la temperatura y un polvo cancerígeno nos abrazaba y nos impedía respirar con normalidad. No hay que olvidar que el Cerro está a 4.800 metros sobre el nivel del mar, y si el oxígeno ya te falta en la superficie, cuando más adentro estás bajo tierra, más complicado es mantener un ritmo respiratorio normal. Si a ello le añadimos las partículas flotantes que obstruyen los pulmones a cada bocanada débil de aire, tal vez nos podamos imaginar el reto de bajar hasta los 180 metros de profundidad que mide Cunti...; por no decir trabajar largas jornadas durante años en estas condiciones.

En el laberinto opresor nos encontramos con rostros de niños que parecían viejos. Aunque la edad legal para trabajar en las minas es a partir de los dieciocho años, la verdad es que muchos empiezan a los doce. "Los niños entran a trabajar con sus abuelos, tíos, hermanos o padres. Es obligatorio que vayan con un familiar porque si tienen un accidente o se matan, los responsables son ellos y no la cooperativa", explica nuestro guía, que se encuentra como pez en el agua.

ORIGINAL BubbleGum

Nuevo! Ahora disponible Feminizada



WWW.THSEEDS.COM

Distribuidores

PLANTASUR - www.plantasur.com

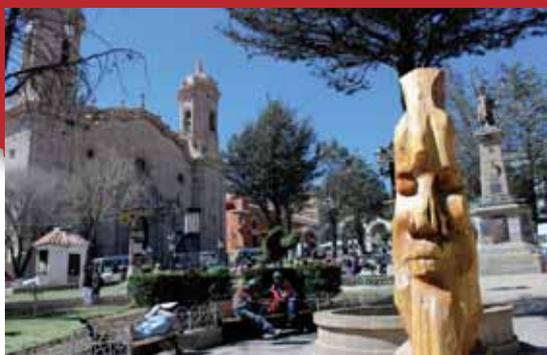
THE PLANT - www.cultivamarjhuanas.com



Beimar, con el mismísimo diablo, el Tío, que reina en las profundidades de las minas.



Teodoro y su tonelada de plata y zinc.



La plaza principal de Potosí.

Inmersos entre los sonidos de las explosiones de dinamita, cada vez más alejados de la luz del sol, nos encontramos con Teodoro y su compañero, que transportan una vagoneta con una tonelada de plata y zinc. Se paran para hablar con nosotros y nos piden challa, el alcohol de 96 grados que beben los mineros. Les damos una botella pero la tenemos que compartir con ellos y la Pachamama. El primer trago es para ella, el segundo para nosotros. Teodoro nos observa con su rostro austero, cual pergamino oscuro, y un ojo ciego. “Lo perdí en un accidente. Aquí es normal, hay muertos cada mes”, nos explica mitad en quechua mitad en español, mientras acullica la hoja de coca. Su compañero bebe y ríe. Nosotros bebemos e intentamos sonreír. Al finalizar varias rondas, cada cual sigue su camino. Ellos, alegres; nosotros, medio atontados por el alcohol de farmacia potable. Tomamos coca para recuperarnos un poco del encuentro.

Mientras caminamos, Beimar nos explica algunos sucesos de la mina. Le pregunto qué es lo peor que vio en sus dos años de minero, a lo cual responde que siempre hay muertos, pero lo que más le impactó fue ver cómo 200 kilos cayeron sobre un hombre desde 60 metros. “Le reventó la cabeza como a un melón”.

A lo largo de los innumerables y oscuros túneles, nos vamos encontrando con diversos grupos de mineros. Con todos nos paramos a hablar y les damos algo para tomar. En un encuentro conocemos a un socio. Esta figura es la del cabecilla de un grupo; suelen tener muchos años de experiencia, en este caso, treinta y cinco. El socio se sienta con su equipo para beber lo que les hemos traído y nos sonríe con su dentadura de oro y su gran bolo de coca. Cuando nos despedimos, Beimar nos cuenta que los socios sólo acompañan a su grupo dos o tres veces a la semana. “Muchos mineros no se quieren retirar, por lo que la misma cooperativa les limita su tiempo de trabajo.

Podríamos haber bajado hasta el sexto nivel, pero nos conformamos con el tercero y preferimos ir a conocer al famoso anfitrión de las tinieblas, el Tío

Todos sabemos que treinta y cinco años bajo tierra es la muerte segura”, dice. Pero no todos mueren jóvenes. Su abuelo era panadero y empezó a trabajar en la mina para alimentar a sus ocho hijos. Trabajó unos años y se retiró a tiempo. Hoy tiene ochenta y seis años y goza de buena salud.

Paramos cerca de una caña de pozo, la columna vertebral de la mina, y bajamos por unas escaleras de madera angostas y crujientes hasta 50 metros debajo del primer nivel. Antes de hacer cualquier movimiento, Beimar grita: “¡Maestroo!” , para ver si no están detonando los explosivos por donde vamos a pasar. Dice que en las minas no se silba, aunque sería más fácil que gritar, porque trae mala suerte.

En Cunti hay un total de ocho niveles, pero hay minas como la más antigua, que fecha del 1545, la Pailaviri, que tiene 240 metros de profundidad y diecisiete niveles. Podríamos haber bajado hasta el sexto nivel, pero nos conformamos con el tercero y preferimos ir a conocer al famoso anfitrión de las tinieblas, el Tío. Llegamos a él a través de numerosos túneles con olor a azufre quemado, con un ruido omnipresente de las fugas de las tuberías de aire comprimido y en un calor cada vez más asfixiante. El Tío nos esperaba al fondo de un túnel estrecho y sin salida. Rojo, con sus cuernos negros, unos ojos penetrantes y un gran falo erecto que te señala sin pudor, el Tío

estaba completamente cubierto de hojas de coca, con un pucho en la boca y rodeado de alcohol y otras bebidas. Es viernes, el último día de la semana laboral para muchos, el gran momento en el que todos los mineros le deben hacer sus ofrendas al Diablo. Los que han tenido una buena semana le agradecen y los que no han tenido suerte le piden que sea benévolo con ellos la próxima semana. Nos sentamos junto al Tío y, como estamos en su territorio, debemos darle nuestras ofrendas para que nos deje salir de la mina. Primero, le enciendo un cigarrillo y se lo pongo en la boca. Luego lo cubro con hojas de coca y sirvo un trago de esos de farmacia potabilizada y brindo con él: *Campac ño capac* (en español: 'Para ti y para mí'). Mirándole a los ojos, le doy un trago al Diablo y a la Pachamama y bebo el resto. Continúa la ronda hasta terminar la botella. El Tío se ha fumado todo mi cigarrillo, eso significa que nos da la bienvenida y podremos salir de su morada tranquilamente.

"El gran falo del Tío simboliza el machismo de los mineros", dice Beimar con los ojos rojos por el alcohol. En el imaginario subterráneo, dicen que la montaña tiene la energía femenina, por lo que cuando un minero está perforándola se cree que tiene una relación sexual con ella. Por ello, ninguna mujer puede entrar en la mina a trabajar porque el Cerro se pone celoso y esconde los minerales; por no decir que puede causar todavía más catástrofes. Un poco atemorizada por las creencias bajo tierra, le pregunto si una mujer como yo puede entrar a visitar las minas sin ningún problema. "Si le traes ofrendas no pasa nada, lo importante es que no la perfores y la respetes como tal", me responde. Aliviada, brindo por última vez con el Tío, nos despedimos de él e iniciamos la vuelta a la realidad exterior. Aquí dentro no existen las leyes de fuera. Cuando los trabajadores de diferentes minas luchan por una veta, el primero que hace explotar la dinamita gana. El otro muere. Al igual que Dios, la policía no intercede en las profundidades oscuras de la tierra. Aquí manda el Diablo.

Amores que matan

Hace 500 años que los mineros explotan el Sumaj Orcoko. El Cerro, símbolo de Bolivia, parece un hormiguero en constante ebullición. Cinco siglos durante los cuales millones de mineros han tenido relaciones sexuales con la montaña, perforándola hasta la saciedad. Dinamitándola, cuál eyaculación precoz, una y otra vez. Pero hay amores que matan, y al igual que los mineros están matando el Cerro desde hace cientos de años, la relación de amor odio es recíproca y la montaña les devuelve la misma moneda: ella los mata al igual que ellos a ella. Mientras en la época de los conquistadores éstos decían que se podría construir un puente de plata entre Potosí y Madrid, los originarios dicen

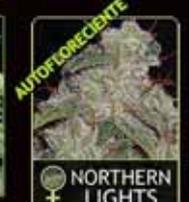
lo mismo pero, en lugar de plata, se puede construir un puente de ida y vuelta con los cadáveres de los mineros. 🌿



El fotógrafo y la reportera convenciendo al Tío para que los deje salir.

LA MEJOR CUALIDAD DE SEMILLAS FEMINIZADAS

VISION SEEDS



WWW.VISIONSEEDS.NL

	3	5	10		3	5	10
AK-49	€17,50	€25,00	€45,00	NORTHERN LIGHTS	€17,50	€25,00	€45,00
AMNESIA	€25,00	€35,00	€65,00	WHITE WIDOW	€17,50	€25,00	€45,00
BIG BUD	€22,50	€30,00	€55,00	SUPER SKUNK	€17,50	€25,00	€45,00
BUBBLE YUM	€21,00	€27,50	€50,00	SILVER HAZE	€21,00	€27,50	€50,00
CHEESE	€18,00	€22,50	€40,00	RUSSIAN SNOW	€17,50	€25,00	€45,00
JACK HERER	€17,50	€25,00	€45,00	NORTHERN LIGHTS*	€17,50	€25,00	€45,00
NY DIESEL	€17,50	€25,00	€45,00	SUPER SKUNK *	€17,50	€25,00	€45,00
LOWRYDER *	€17,50	€25,00	€45,00	WHITE WIDOW *	€17,50	€25,00	€45,00
AK-49 *	€17,50	€25,00	€45,00				